

### 3. El poder de Jesús exaltado

Efesios 1:15-23

Cuando me acerco a la vitrina de exposición de la Biblioteca Británica, ya conozco la historia detrás de lo que contiene. El explorador británico Robert Scott y sus cuatro compañeros llegaron al Polo Sur el 17 de enero de 1912, solo para descubrir que los noruegos se les habían adelantado. En un desesperado y fracasado intento por regresar a su base de apoyo, los cinco perecieron. Scott y sus dos últimos compañeros murieron a solo 18 kilómetros del depósito de suministros más cercano. Pasaron ocho largos meses antes de que se descubriera el tesoro que estoy a punto de ver: el diario de la expedición de Scott, denominado por un periódico británico como “un gran libro, quizás el mejor que se haya escrito alguna vez”. Ahí está, el diario original de Robert Scott, tenuemente iluminado y abierto en su famosa “última entrada”, con sus conmovedoras palabras escritas a lápiz: “Por el amor de Dios, cuida de nuestra gente”.

¡Qué valioso tesoro histórico! Sin embargo, palidece en comparación con otra anotación de un diario. Se trata de un documento mucho más antiguo, que no data del siglo XX, sino del siglo I. Al igual que el diario de Scott, fue escrito por alguien que presentía que su fin podía estar cerca. Se trata de una hoja del diario de oración del gran misionero de los primeros cristianos, el apóstol Pablo. Hoy nos acercamos a la vitrina y reflexionamos sobre sus antiguas palabras, registradas en Efesios 1:15 al 23.

#### Falsos dioses y diosas

Al igual que con el diario de Scott, necesitamos recordar los antecedentes

para apreciar el inmenso valor de este tesoro. Ojalá pudiéramos pasear juntos por las calles de la Éfeso del siglo I, contemplar a los mercaderes vendiendo sus mercancías, escuchar a los filósofos ambulantes que buscan audiencia y seguir a algunos de los ciudadanos a lo largo del día. Si pudiéramos hacerlo, experimentaríamos la omnipresencia de la religión en la vida de ellos. Creían que su existencia estaba bajo el control de los dioses –las estrellas y los planetas divinizados– y sujeta a las Parcas.<sup>13</sup> Creían que era poco probable que uno pudiera escapar al destino fijo y oscuro que le había sido prescrito por el patrón específico de estrellas y planetas en su nacimiento. Pero había que intentarlo...

En consecuencia, el culto a los numerosos dioses y diosas era un elemento básico de la vida del siglo I, especialmente el culto a Artemisa, la diosa patrona de Éfeso. Sacrificios; cantos e himnos; ceremonias y festivales públicos; procesiones detrás de la estatua sagrada de Artemisa por la sinuosa ruta sagrada alrededor del monte Pión; veneración a los dioses y diosas en la intimidad del santuario doméstico; intentos de rendir culto adecuado al dios o la diosa en el momento justo y de la forma apropiada para, tal vez, evitar el mal que se avecina; esta realidad invadía todos los aspectos de la vida. Libros de magia (Hech. 19), amuletos, talismanes, piedras de rayo y otros objetos similares atestiguan los intentos de los antiguos habitantes de Éfeso por influir en su destino.

Una famosa historia del deporte antiguo ilustra todo esto. Un luchador de Éfeso, que compite en los juegos de Olimpia (¡las Olimpíadas!), obtiene un éxito notable. Combate tras combate, resulta vencedor. Hasta que, durante un combate con un luchador de Mileto, un árbitro ve algo alrededor de su tobillo. Resulta ser un pequeño amuleto que lleva inscritas las “letras efesias”: seis palabras mágicas sin sentido consideradas misteriosas y

poderosas, y grabadas en la estatua de culto a Artemisa. Según cuenta la historia, el amuleto es retirado y el luchador de Éfeso, privado de su magia, es derrotado por su oponente de Mileto en tres combates sucesivos. ¿El objetivo de la historia? Argumentar sobre la importancia y el poder de la magia, invocando palabras y nombres para influir en el futuro.

Es a la gente de este escenario histórico a la que Pablo escribe (y por la que ora). Le preocupa que sus destinatarios vuelvan a confiar en toda una serie de “nombres” y “poderes”. Por eso, les hace saber que ora por ellos. Habiendo oído hablar de su conversión y de su “amor hacia todos los santos” (vers. 15), describe sus oraciones dedicadas y continuas en su favor (vers. 16). Pide especialmente para que ellos reciban el Espíritu (vers. 17).<sup>14</sup> Afirma que recibieron el Espíritu Santo en su conversión (vers. 13, 14). Y también ora para que el Espíritu les otorgue visión espiritual, específicamente sobre tres grandes realidades espirituales para los creyentes: (1) la esperanza, que es un llamado de Dios (vers. 18); (2) las riquezas de la gloriosa herencia de Dios en los santos (vers. 18); y (3) la incomparable grandeza de su poder, ejercido en favor de los creyentes (vers. 19).

## **La esperanza**

La primera de estas realidades alentadoras, “la esperanza a que fueron llamados” (vers. 18), se refiere al llamado que Dios les hizo en el pasado (Efe. 1:3-9, 11-13; 2:12), que dio lugar a su conversión, y a la gran esperanza cristiana para el futuro (Efe. 1:14; 4:4). En lugar de sucumbir al triste futuro asignado por el destino, deben mirar hacia el futuro que Dios ha diseñado para ellos. Pablo ora para que el Espíritu les dé una nueva visión que les permita comprender la segunda gran realidad: “la riqueza de su gloriosa herencia en los santos” (Efe. 1:18). Basándose en conceptos

veterotestamentarios (Deut. 9:29; 32:9; Zac. 2:12), Pablo ya había pensado en los santos como la herencia de Dios, su tesoro escondido (Efe. 1:11), y retoma ese pensamiento aquí. Como elemento central de su identidad cristiana, desea que conozcan el valor que tienen para Dios. No solo poseen la herencia de Dios (vers. 14; 3:6; cf. 5:5), ¡sino también son la herencia de Dios!<sup>15</sup>

Pablo centra la mayor parte de su atención en la tercera magnífica realidad espiritual, que ruega que el Espíritu active en la vida de los creyentes: “la incomparable grandeza de su poder hacia los que creemos” (Efe. 1:19). Para Pablo, el poder dinámico y eficaz del Espíritu Santo en la vida de los creyentes tiene su origen en cuatro importantes acontecimientos de la historia de la salvación que ya han ocurrido. Cada uno de estos eventos es algo que Dios Padre hizo por su Hijo, Jesucristo. El Padre (1) resucitó a Jesús de entre los muertos (vers. 20); (2) lo sentó a su diestra (vers. 20, 21); (3) puso todas las cosas bajo sus pies (vers. 22); y (4) lo entregó a la iglesia, como cabeza sobre todas las cosas (vers. 22, 23).

## ¡Mira a Jesús!

“Mira dónde estaba Jesús: el pobre cuerpo torturado, herido, asesinado por nuestros pecados, frío e inerte, tendido en la tumba de José. Luego alza la vista y mira dónde está ahora, ¡entronizado en medio de la adoración y la admiración celestiales! Mide por esa distancia, por la extensión y la elevación de ese brazo todopoderoso, la intensidad de las fuerzas empeñadas en tu salvación, la fuerza de los poderes en acción a lo largo de los siglos para la redención de la humanidad” (G. G. Findlay).<sup>4</sup>

## Nombre sobre todo nombre

Esta petición que Pablo realiza en oración constituye una de las descripciones más importantes de la exaltación de Jesús que encontramos en el Nuevo Testamento. Pablo desea que los destinatarios de Éfeso, tentados a creer en el poder de otros nombres, comprendan que Jesús había sido exaltado por el Padre, que su nombre es mucho más poderoso y eficaz que cualquier fonema unido a cualquier deidad de su elección adorada en su ciudad. Jesús está “sentado” en el lugar más importante, a la “diestra” del Padre. Esta coronación se ha producido “en los cielos” (vers. 20), donde, en virtud de haber sido exaltado al Trono del Padre, Jesús está ahora “muy por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío” (vers. 21, RVC).

Pablo no enumera todas las posibles categorías de los poderes malignos o espirituales ni describe alguna jerarquía entre estos poderes. Lo que sí intenta es ser exhaustivo, dejando en claro que “todos” los poderes sobrenaturales están bajo la autoridad del Jesús exaltado. Para asegurarse de que sus lectores capten la idea –de que absolutamente todos los poderes sobrenaturales deben lealtad al Jesús exaltado– añade una frase que refleja la práctica religiosa en Éfeso: “Y sobre todo nombre que se nombra” (vers. 21). Con aquellos primeros creyentes, somos elevados en alas de la oración de Pablo, invitados a regocijarnos con ellos en la resurrección, exaltación y coronación de Jesús.

Pablo desea que sus lectores comprendan algo más acerca de la exaltación de Jesús al Trono del cosmos: no se trata de un nombramiento temporal; su dominio es distinto del gobierno de las deidades de Éfeso, que era efectivo durante un período limitado del calendario (una hora, un día o un mes). No, el señorío de Cristo es dinámico (se mueve con el tiempo), y no estático (no es superado en el tiempo). Es para siempre, y no es afectado por las transiciones de época a época. La exaltación de Cristo se aplica “no solo en

este siglo sino aún en el venidero” (vers. 21).

## La exaltación de Jesús en los salmos

Pablo escucha el eco de la exaltación de Jesús en los Salmos.

El Salmo 110 es uno de los pasajes del Antiguo Testamento más utilizados en todo el Nuevo Testamento, y Pablo alude a él aquí cuando afirma que Dios sentó a Cristo (que significa “el Ungido”, el Rey ungido) “a su diestra en los cielos” (Efe. 1:20; cf. Hech. 2:33-35; Col. 3:1; Heb. 1:3, 4, 13; 8:1; Apoc. 5:1, 7; Rom. 8:34). Compáralo también con el Salmo 110:1, donde “Jehová” dice a la figura mesiánica: “Siéntate a mi diestra”.

Al describir que Dios “sometió todas las cosas bajo sus pies” (Efe. 1:22), Pablo cita el Salmo 8:6 del Antiguo Testamento griego, la primera cita directa del Antiguo Testamento en Efesios. La idea de que “todas las cosas” –en el sentido de “todo principado, autoridad, poder y señorío, y [...] todo nombre que se nombra” (Efe. 1:21)– están sometidas a Cristo se expresa también en el Salmo 110: “ ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. [...] Domina tú en medio de tus enemigos!’ ” (vers. 1, 2).

En consonancia con la concepción judía de los “dos siglos”, que incluye “este siglo” y “el venidero”, Pablo prevé un próximo cambio en las épocas. Cree que “este siglo”, caracterizado en nuestro mundo caído por el dominio del “príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos desobedientes”, que domina, subyuga y corrompe a la humanidad (Efe. 2:1-3), pronto terminará. Dará paso al “siglo venidero”, en el que el reinado de Cristo, ya inaugurado por su exaltación a la diestra de Dios, se extenderá por todo el universo. Ese cambio venidero no disminuirá –dice Pablo– en modo alguno el señorío de Jesús que se ha celebrado e iniciado en el Trono de Dios. De hecho, el siglo venidero se caracterizará por la materialización en todas partes –incluido nuestro errante planeta– del señorío de Cristo

sobre todas las cosas, cumpliendo el plan que el Padre trazó “antes de la creación del mundo” (Efe. 1:4).

Cristo, como puedes ver, no está sujeto a la escatología (acontecimientos de los últimos días). Él es el Sujeto de la escatología, el objetivo de la gran estrategia de Dios para el cumplimiento del tiempo, el único esquema temporal que importa (vers. 9, 10). Para asegurarse de que no hemos perdido de vista que el gobierno del Cristo exaltado sobre todas las cosas es para todos los tiempos, Pablo declara el propósito de Dios “para mostrar en los siglos venideros la abundante riqueza de su gracia y su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús” (Efe. 2:7). En el presente, en el corazón del cosmos, en el Trono de Dios, está sentado Jesús. Después de la agitación del tiempo del fin, cuando el humo se haya disipado, allí, en el Trono universal, estará Jesús. Desde tiempos inmemoriales, siglos tras siglos sin fin, cada mirada a ese Trono cósmico encuentra a Jesús, gobernando todas las cosas para siempre.

Pablo no describe la autoridad ilimitada y el marco temporal ilimitado del gobierno de Cristo como un mero detalle de cronología cosmológica o un apartado de trivialidades celestiales. Su intención es que repercuta en el presente de la vida de los creyentes, tentados constantemente a considerar que diversas deidades gobiernan en este o aquel período de tiempo. Esta idea está arraigada en el calendario romano que utilizamos hoy en día, que, por ejemplo, llama al quinto día de la semana “jueves”, que significa que está bajo el gobierno especial y la supervisión del dios romano Júpiter (equivalente al dios nórdico del trueno Thor, de donde se toma el nombre inglés para el quinto día: Thursday o “Thor’s day”). Cada momento, cada hora, cada día, cada mes, cada año, cada época –argumenta Pablo– es de Cristo. Si quieres pasar bien esos períodos, debes invertirlos en el servicio

al Gobernante sobre todas las cosas y todos los tiempos, el Señor Jesucristo. No malgastes tus jueves en Júpiter o en Thor, dice Pablo; pertenecen a Jesús.

“El Dios de nuestro Señor Jesucristo” (Efe. 1:17) “lo resucitó de los muertos, y lo sentó a su diestra en los cielos sobre todo principado, autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo sino aún en el venidero” (vers. 20, 21). Lo que todo esto significa, en esta época y en este tiempo, es que no hay ningún nombre...

ningún nombre de marca comercial

ningún nombre de un famoso

ningún nombre de un político

ningún nombre de un poderoso

ningún nombre de Hollywood

ningún nombre de un rico

ningún nombre de alguien inteligente

ningún nombre de un mediático

ningún nombre de un empresario

ningún nombre de un predicador

ningún nombre de una fiesta

ningún nombre de un donante

ningún nombre de título académico

ningún nombre de alguien elegante o a la moda

ningún nombre de un ejecutivo

ningún nombre de un magnate

ningún nombre de una empresa multinacional

ningún nombre de alguien sofisticado y letrado

ningún nombre de una URL

ningún nombre de un dios o una diosa

ningún nombre de familia

ningún nombre de algún revolucionario

ningún nombre de un mentor

ningún nombre de una bebida

ningún nombre de un deportista

ningún nombre de una red social

ningún nombre de una institución

ningún nombre de una iglesia

...que pueda marcar la diferencia en tu vida como este nombre: “Nuestro Señor Jesucristo”.